

Andrés Espinosa Echevarría

G. Lz. de Guereñu Iholdi

El bueno de Andrés Espinosa Echevarría, el hombre que pedía permiso a las montañas para hollarlas y que siempre les agradecía por haber permitido su visita, nos ha dejado; ha realizado la última ascensión, en solitario, como él sabía hacerlo, a la cumbre de la que no se regresa.

Se ha ido, no ha muerto, pues nadie que deja tras de sí el bien de hacer y el ejemplo de cómo hacerlo, desaparece, pues si los hombres se van, y las obras quedan, Andrés Espinosa, el gran amigo, permanecerá siempre entre nosotros.

No quiero ofenderle en su natural modestia, usando calificativos altisonantes de los que siempre fue enemigo, pues si importantes fueron sus conquistas, tan importante fue la sencillez con que las realizó, pues, como él mismo nos decía, «no he buscado nunca en las montañas vanidades humanas, ni medallas, ni glorias. Fui, subí, admiré».

Había nacido el 17 de octubre de 1903, en Amorebieta, comenzando desde muy joven con su afición a recorrer montañas. Fue un incansable andarín con lo que consiguió una envidiable preparación física y una fortaleza moral fuera de toda comparación, y ambas unidas le permitieron realizar las excursiones que todavía hoy nos llenan de asombro.

Escritor ameno que sabía relatar lo que la montaña le «contaba», pues no son meras descripciones lo que evocan sus artículos, son detalles más profundos y que sólo un espíritu fuerte, sano y bien preparado intelectualmente, puede hallar en la naturaleza.

Si fina era su pluma, también sabía trabajar con la plumilla y los pinceles, ofreciéndonos, como complemento de sus trabajos literarios, detallados croquis y bonitos dibujos de los lugares que recorría.

El espacio, eterno problema de los nuevos tiempos, que me han asignado es a todas luces escaso, no para ensalzar su figura, pues lo grande no necesita ser aumentado, sino para poder contar lo que realizó, y para subsanar esto es necesario que nos mentalicemos y al nivel más alto del deporte vasco, se tribute un homenaje, que no puede ser otro que el de editar un libro en el que se recopile lo que Espinosa escribió y lo que sobre Espinosa se escribió.

No fue ajeno a los trabajos federativos para la divulgación del montañismo, sobre todo en la primera época de la F.V.N.A., ocupando el cargo de vocal de la Comisión de Vizcaya, en 1928 y siendo nombrado Presidente de la F.V.A. en 1930, en la Concentración anual de montañeros, celebrada en Arrate y en la que se le tributó un cariñoso homenaje con motivo de sus andanzas por África. Llevó el peso de esta revista, «Pyrenaica», hasta 1930, acudiendo en su representación al Congreso Internacional de Turismo y Alpinismo, celebrado en 1929, en Barcelona, acompañando a los representantes de la F.V.N.A., Angel de Apraiz, Carlos Linazasoro y Jacinto Boffil.

Fue objeto de numerosos homenajes no solamente en Euskalherria, sino también fuera de ella. Por sus andanzas por los Alpes, en 1929, le nombraron socio de honor del Club Alpino Inglés, del Club Alpino Español y de «Peñalara», ambas sociedades de Madrid.

Pronunció conferencias en Bilbao, San Sebastián, Madrid... renunciando a ellas después pues «mi voz y mi palabra, son agresivas, fuertes —impropias de esta etapa que estamos viviendo—».

Al hablar de sus excursiones vamos a evocar sucintamente, sus cuatro salidas a los grandes macizos, no por que las que realizó por aquí sean me-

nos interesantes (recordamos una larga caminata, en invierno, al Pico de Urbión, con una duración total y seguida, de 17 horas), sino por que en algo tenemos que centrarnos, y quizás no acertemos en ello, pues él escribía en una ocasión: «...salgo casi todos los domingos y festivos, en visita semi-obligada a las cumbres, valles y recorridos, sean cuales fueren; que en todos se halla la gloria y la magnificencia del Creador».

Alpes. 1929

La hazaña que Andrés Espinosa realizó en los Alpes en el mes de julio de 1929, asombró a propios y extraños. Por esas andanzas fue nombrado socio de honor del Club Alpino Inglés, del Club Alpino Español y de Peñalara, creo que con este detalle basta para que nos demos cuenta de cómo valoró el medio alpino aquella andadura.

Recomendamos a los aficionados la lectura de los artículos en los que relata, con detalle, estas ascensiones y que fueron publicados en el núm. 14 de Pyrenaica, correspondiente al tercer trimestre de 1929 y en el Anuario del Club Alpino Español, de Madrid de 1929-1930.

Por nuestra parte presentamos un resumen del diario de las mismas.

11 de julio. Sale, en tren, de Bilbao, a las 6,40 de la mañana. A las 11,30 llega a Hendaya, en donde come y visita a su amigo, Miguel de Unamuno, exiliado en Francia. Continúa por Burdeos y de allí a Lyon.

12 de julio. Llega a Lyon a las 12 del mediodía y una hora más tarde toma el tren hasta Le Fayet, en donde coge el tranvía que le deja a las 9,15 en Chamonix.

13 de julio. Visita al lugar, comprando crampones, un piolet y otros útiles necesarios para la montaña.

14 de julio. Parte, en solitario, de Chamonix, a las 4,30 de la madrugada, por la carretera de Les Bossons. A las 5,30 se mete en el glaciar, poniéndose los crampones sobre el «calzado que consiste en abarcas navarras de goma fundida y dos pares de calcetines de lana blancos». Nos explica sus cualidades, opinando que «la goma, para la tierra y roca, va muy bien; para la nieve, mejor, pues no pasa la humedad; el hielo se domina con los crampones; así queda resuelto el problema del calzado, el intrínseco más difícil del montañero».

Sus primeros pasos con los crampones no ofrecen ninguna dificultad, «me ha ido tan bien al atravesar verdaderos abismos, que desde este momento ya tengo moralmente vencido al Mont-Blanc», pues lo que más temía era el asunto hielo: «A las 7,35 llega al Hotel Pyramides, en la Montaña de la Cote, en donde toma algo de leche. A las 9,20 termina la parte rocosa, llegando al glaciar de la Jonction, unión de los de Les Bossons y Tacnoz. Breve descanso y se pone los crampones, las bandas y las gafas.

A las 10,55 atraviesa una grieta por una escalera y luego otra, alcanzado el refugio de los Grands Mulets, a las 11,30. Come algo y descansa hasta la 1,15.

Para las 3 llega al Petit Plateau y a las 4,15 al Grand Plateau; entre ambos lugares, a las 3,25, se cruza con un francés con su guía y porteador, que regresan de la cumbre; son las últimas personas con las que se encuentra en el camino.

En el refugio Vallot a las 6,30, descansando una hora, y en la cima del Mont Blanc, a las 9,10 de la noche. Regresa al refugio a las 10,30, pasando en él la noche.



15 de julio. Parte a las 6 de la mañana, con la idea de alcanzar la cima de L'Aiguille du Midi, «durante la mañana de hoy. (Me parece, pero la realidad es bien distinta)». A las 8,20 deja la ruta del Mont Blanc, antes de llegar al refugio, continuando por el glaciar subiendo hacia el Mont Maudit y cruzando por un collado entre él y L'Aiguille de Saussure. «Desde aquí se me presenta más difícil y peligroso el paso de los grandiosos contrafuertes de Tacul; tanto es así que, por falta de técnica, en el asunto hielo, cometo la gran quintada de descender». Hasta las 6 de la tarde no llega «hasta casi el pie de las rocas de L'Aiguille du Midi». Trepa en dirección al collado, hasta que a las 9,15 decide pasar la noche cobijado entre las rocas.

16 julio. A las 4,15 de la madrugada reanuda la trepada, llegando al collado du Midi a las 5,40 y a la cima a las 12,50 del mediodía. Comienza el descenso a la 1,10; llega al Valle Blanco a las 4,10. Se hace de noche y continúa el descenso en su afán por llegar ese mismo día a Chamonix. A la vista de las cercanas luces de Montanvers, al intentar salvar una grieta, se cae y milagrosamente se para en una repisa, pudiendo salir ileso. Todavía insiste en intentar salir del glaciar, pero en vista de las dificultades que va encontrando, decide pasar «otra noche más a la intemperie, y ésta encima del hielo. Ya estoy tranquilo, y no me importa. Sopla un viento sur helado. Me siento encima de la mochila para que no pase la humedad y a esperar la mañana».

17 julio. Se levanta a las 4,30 y dos horas más tarde deja el glaciar, subiendo a Montanvers, cuyo hotel deja a la izquierda y desciende, para la una,

Andrés Espinosa y Antxon Bandrés en la fiesta de finalistas del G.A. Tabira, de Durango, celebrada a finales de los años cuarenta, en Urkiola.

Asamblea de la F.V.A., celebrada en Arrate en 1930, en la que se eligió a Andrés Espinosa, presidente de la federación. En la primera fila, de pie, están, de izquierda a derecha: los vitorianos, Pacho Aguirre y Lucio Lascaray; Antxon Bandrés; Manu de la Sota, con puro, Andrés Espinosa y, agachado, delante de él, con boina, Peli Larrañaga.



a Les Praz y veinte minutos más tarde llega a Chamonix. Había pasado en la montaña setenta y seis horas seguidas. Una buena ducha, «un terrible atracción de patatas» y gran asombro ante el espejo: «semblante distinto, labios hinchados del sol y el frío; negrura total». Descanso.

18 julio. A las 3,30 de la tarde toma el tren hasta Viege-Visp, a donde llega a las 9,20. Duerme en este lugar.

19 de julio. A las 6,30 coge la primera combinación para Zermatt, en donde está para las 8,30.

A las 2,15 parte hacia el Cervino, llegando al refugio de Hörnli, a las 5,45.

20 julio. A las 5 de la mañana inicia la escalada. A las 12,15 en la cima. Empieza a granizar. Inicia el descenso media hora más tarde, y a las 9,30 finaliza la excursión en Zermatt.

Sinai, Kilimanjaro. 1930

«Al pensar que Espinosa, completamente sólo, desconociendo la lengua inglesa y las del país, desprovisto de buenos elementos para la lucha con la montaña plagada de fieras e insectos venenosos y alejada de todo centro de vida, asombra la magnitud de la hazaña lograda, y sólo conociendo las facultades físicas de Espinosa, su resistencia y sobre todo su fe, su gran fe, que le hace asequible cuanto se propone, se puede comprender cómo ha podido conseguir su propósito».

Este es el comentario que la ya para entonces veterana revista «Peñalara», le dedica en el mes de setiembre de 1930, comentario lleno de admira-

ción y, sobre todo, de asombro. Otro interesante testimonio sobre este viaje es una carta que Antxon Bandrés dirigió a Peli Larrañaga, cuando Espinosa se encontraba en África en la que le venía a decir que la única forma de volver a ver con vida al amigo, era que lo secuestrase algún grupo de beduinos y por medio de rescate lo pudiesen recuperar.

Los datos de esta excursión los entresacamos de la carta que en el mes de abril de 1966 escribió a su amigo Lueje y que se publicó en el número 370 de «Peñalara».

Nos dice que «el recorrido por el Sinaí suponía el ir sólo por una región de beduinos —aseguraban que los de estas zonas eran inofensivos—, estar a falta de agua y verse en desamparado. Pero mi fe ardía, y llevaba una ilusión tremenda por llegar a la Montaña Santa y por visitar el Monasterio de Santa Catalina».

Está perdido durante cuatro días y «recalé por fin en la tienda de un bendito anciano y de su familia, y éste me condujo hasta el Monasterio».

«Satisfecho de lo que ví, sentí, toqué ya no me preocupaba el regreso lo más mínimo. Y lo hice bien».

Hace la travesía en cuarta clase, desde Suez a Mombasa, en Kenia. Luego en tren hasta Moshi, ya en Tanzania, desde donde parte en la madrugada del día 12 de setiembre hacia el Kilimanjaro. Al anoecer de este día tiene lugar el encuentro con el negro que tanto nos emociona cuando leemos este relato en «Pyrenaica» de 1930. Veamos como nos relata este encuentro al cabo de 36 años de haber sucedido: «Negrito, —¿qué habrá sido de él?—. Desde el primer momento no dudé en calificarle de mi ángel tutelar. ¡Así fue! ¿Cómo resistir de lo contrario, la entrada al atardecer de estas selvas vírgenes, llenas de aves exóticas, monos y otros bichos y otros misterios que uno desconocía? Pasó la noche. Tuve que despedirme del pobre niño; ¡Cuánto recuerdo aquel cálido beso y la emoción del pequeño, que no quería separarse de mí!»

Alcanza la cumbre, probablemente el día 16, y comenta: «llegué no solamente al Kibo, sino que permaneci tres jornadas, tres días, en la zona de sus máximas alturas. Dormí lo que pude, y metí algo en la boca: que no se podía llamar comer al sencillo bocado». «Pasé frío y tormentas suaves de granizo, mucha sed y mucha abulia, que dá la altura y la falta de oxígeno». Todo ello lo iba registrando en su cuaderno de notas, del que entresaca: «Estoy temblando. Hoy he pasado un día de gran padecimiento moral y material. Ni Mallory e Irvine creo que sufrieron tanto en su postrer escalada».

Inicia el regreso el día 18 y al atardecer del 20 llega a Moshi, en donde «cuando al acostarme miré mis muslos y piernas, fue cuando comprendí que lo que no había dado al estómago, el cuerpo lo sacó de lo que llevaba encima: de su propio fisi-con».

En el viaje de regreso visita Jerusalen y lamenta no haber ido a Nazaret y Belén, «no me perdono este fallo».

Himalaya. 1931

Al año siguiente, 1931, se dirige a la India con el propósito de intentar escalar alguna de sus principales cumbres. Sobre este viaje cometió un error Agustín Jolis en su libro «La conquista de la montaña», editado en 1954, diciendo que la había realizado en 1935, probablemente por saber que le había sido negado el permiso por la muerte de un alpinista solitario ocurrida el año anterior. Como coincide que el norteamericano Maurice Wilson, había muerto en su tentativa al Everest, en 1934, supuso que sería en 1935. Varios autores que han tratado este tema después han seguido cometiendo la misma equivocación, incluso, como consecuencia de estos datos, han escrito que Espinosa intentaba el Everest.

El mismo Espinosa en un trabajo con el título de «Por qué no pude ir al Himalaya», nos dice que se

encontraba en Darjeeling el 21 de julio de 1931, fecha en la que comienza el relato de sus desventuras por conseguir el permiso.

La cumbre elegida no puede ser el Everest pues desde el año 1924, en el que desaparecieron Mallory e Irvine, hasta 1933, las puertas del Tibet estuvieron cerradas para los blancos.

Efectivamente el permiso se le negó por ir sólo, sin medios para equipar a los porteadores y como consecuencia de la desaparición de otro norteamericano, E. Farmer, que intentó la ascensión, partiendo de Darjeeling el 27 de abril de 1929, al Kangchenjunga, y que fue visto por última vez, por los nativos que le acompañaban, el 26 de mayo, a unos 6.800 metros de altura. Espinosa se siente disconforme con lo que leyó sobre esta tentativa, que decía: «El primer esfuerzo de ascensión al Kangchenjunga, no puede casi llamarse una tentativa, pues fue la mayor locura de mal alpinismo que se puede imaginar». Como contrapartida, escribe: «¡Inmenso Farmer que diste la vida por ideal más elevado que el de los neuróticos sabios: nadie ha igualado tu amor a la montaña!»

Ya hemos indicado que el Everest no podía ser la meta de esta aventura y aunque no lo hemos visto confirmado, tenemos fundamentos para pensar que era el Kangchenjunga el macizo elegido, pues en otro párrafo del artículo comentado, cuando intentan disuadirle por el mal tiempo que reina en esta época del monzón, dice que puede esperar hasta agosto, añadiendo: «Mr. Bauer también espera y le creo con gran experiencia himalayica, ya que es la segunda vez que va al Kangchenjunga. Yo me orienté por él, y el venir a Darjeeling en esta época, ha sido por agregarme a sus gentes, y correr juntos la aventura».

Efectivamente Paul Bauer, natural de Munich, había dirigido una expedición bávara, en 1929, en la que alcanzaron los siete mil metros de altura. En 1930 hubo otra expedición compuesta por alpinistas de varios países y dirigida por el profesor suizo Gunter Dyrenfurth. En 1931, cuando Andrés Espinosa está haciendo gestiones para conseguir el permiso, Bauer, a quien tenía intención de unirse, estaba ya escalando en el Kangchenjunga desde mediados de junio.

Los encargados de conceder los permisos intentan disuadirle de su idea de escalar una gran montaña y le aconsejan que siga la ruta de Lachen «más fácil, más pintoresca y más animada; allí tiene usted una montaña próxima con altitud algo menor que el Mont Blanc», confesándonos que mientras esto oía estaba pensando: «¿qué idea tendrá este astuto albión de mis intenciones? Seis días de jornada, y enorme gasto hasta Lachen para subir luego esa tachelita de 4.500 metros» «¡Cuatro mil quinientos metros en el Himalaya...! montaña donde ni siquiera habrá nieve!»

El permiso no se le concede y «¡Casi mordiendo el polvo me obligan a marchar; ¡me obligan! Gran injusticia».

Antes de abandonar aquellas tierras se hace la siguiente pregunta «¿No merece ya el mendigoxalismo vasco su escaño —aunque modesto y sencillo— en el inmenso Himalaya?»

Cuarenta y tres años deben pasar para que esta pregunta se conteste afirmativamente, hasta que en 1974 tiene lugar la Expedición Tximist al Everest.

Gran Atlas. 1932

Es la última salida al extranjero, por las noticias que hemos recopilado, que efectuó Espinosa. Se desarrolla en el espacio de mes y medio, entre los meses de mayo y junio.

En «Peñalara», junio 1932, hemos encontrado la única referencia, muy escueta, sobre esta excursión. «De regreso de África nos ha visitado nuestro Socio honorario Andrés Espinosa, el notable escalador y audaz montañero, que acaba de culminar las principales alturas de la cadena del Gran Atlas, entre las que se encuentra el Toubkal».